



REVISTA FILIPINA
Otoño 2014, Vol. 2, Número 1
<http://revista.carayanpress.com>

RESEÑAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

José Rizal, *Poesía completa. Ensayos escogidos*, edición de José Francisco Ruiz Casanova, Madrid, Cátedra, 2014, 484 pp. [ISBN: 978-84-376-3304-6]

Todos nos deberíamos de felicitar de que la editorial Cátedra, después de 745 volúmenes publicados en su colección «Letras Hispánicas», reconozca que por fin existe la literatura hispanofilipina, con la publicación de su número 746, José Rizal, *Poesías completas. Ensayos escogidos*, en edición de José Francisco Ruiz Casanova. Y el dato ya es elocuente, pues en una colección que pretende abarcar el todo, no es hasta ahora cuando se da espacio a una literatura en lengua española que tiene más de cuatro siglos de historia, quizá porque no forma parte de los planes de estudio, ni de los manuales que los estudiantes tienen que comprar. Sin embargo, la satisfacción al conocer la iniciativa de Cátedra desaparece casi de inmediato.

El editor trata de seducir con modestia (“No quisiera pecar de prolijo ni de parcial en estos breves trazos histórico-contextuales”), pero la introducción de España en Filipinas (1521-1898), con largas citas de Antonio de Morga, cronista de 1609, está fuera de lugar en un libro que trata el siglo XIX. El rótulo no es exacto (pues el editor se alarga hasta después de la Segunda Guerra Mundial, no sólo 1898), se cita a Morga sin citar la obligada edición de Hidalgo Nuchera, se vuelve a hablar de “descubrimiento” por parte de Magallanes (otra cosa se diría si se hubiera consultado nuestro trabajo “Al-Andalus and Asia: Ibero-Asian Relations Before Magellan”), se pasa por encima de hechos determinantes del siglo XIX filipino (como el motín de Cavite y la propia Revolución filipina), y se muestra desconocimiento de los mismos (se señala ‘Marcelo H. Pinar’, en lugar de ‘Marcelo H. del Pilar’, no un cualquiera, sino después de Rizal el propagandista filipino más importante; se dice que Andrés Bonifacio fue miembro de la Liga Filipina, cuando sólo atendió una reunión; se señala ‘Bic-Na-Bató’, en lugar de ‘Biak-na-bató’, uno de principales hechos históricos de la época). Se despacha el siglo XIX con rapidez, y se extiende prolijamente en el XVII y en el XX, de Morga a Blasco Ibáñez, con extensas citas del autor valenciano. Se da por hecho que la desaparición del

español fue un proceso natural (“El medio siglo que separa la salida de los españoles de la independencia filipina supuso, sobre todo en el ámbito cultural y lingüístico, la progresiva y muy acelerada desaparición de la lengua española en las islas”), sin ahondar en el intervencionismo lingüístico estadounidense y la situación de la comunidad española (se debían de haber citado los trabajos de Florentino Rodao). Es decir, que en lugar de tratar el siglo de José Rizal, se dan pinceladas confusas de cuatro siglos, pinceladas que ahondan en la visión orientalista que de Filipinas se tiene en España.

En efecto, José Francisco Ruiz Casanova nos ha hecho un favor, un favor a toda la literatura escrita en español y a la moderna Filología Hispánica, pues con tan solo un libro publicado sobre Filipinas, ha logrado resucitar todos los prejuicios colonialistas, paternalistas y orientalistas que el Filipinismo hispanohablante había desmontado en los últimos quince años. ¿Dónde están los filipinos, dónde está el contexto en el que vivió Rizal? Se silencia todo y se habla desde el colonizador (“Pero la historia de la colonia española no se limita a la historia de la presencia, influencia y herencia en Hispanoamérica. Hubo, como es sabido, *otras colonias*”). Los colonizados son los “que hablan nuestro idioma”, y el fin de la Filología hecha en España es reducir el objeto de estudio a la medida española, “el *mundo español*”. Y en este contexto es donde se da paso a la manida pontificación del nuevo objeto de estudio (que en breve la MLA llamará «Global Hispanophone»). Pero mientras se cita la bibliografía reciente sobre Guinea Ecuatorial (parcialmente, pues se señala la colección «Casa de África» de Sial, pero no la «Biblioteca hispanoaficana» de Verbum), cita mal la colección «Clásicos Hispanofilipinos» (indicando «Clásicos Hispano-filipinos»), se ignora la «Colección Oriente» de literatura hispanofilipina contemporánea, dirigida por Andrea Gallo, y *Revista Filipina*, que tiene el mérito de —siendo una publicación filipina en español— ser una de las más longevas y decanas de la red, fundada en 1997.

Asistimos de nuevo a la figura del cruzado por la causa filipina y al vilipendio del objeto de estudio, cuando se dice por ejemplo que Edmundo Farolán es un simple “estudioso”, y no una de las figuras fundamentales de la actual literatura filipina en español (merecedor del Premio Cervantes, ¿por qué no?, si tanto entusiasmo filipinista hay hoy en día). No se hace justicia con las personas, pero tampoco con las fuentes, pues se cita un manual de estudiante de un centenar de páginas (de Oliver Belmás), donde se menciona Filipinas en dos párrafos, como obra pionera del estudio de la literatura hispanofilipina (“se trata de breves exposiciones onomásticas”, y en la parte filipina “no cita fuentes informativas o bibliográficas”), y se dejan de aprovechar las numerosas obras relevantes (Alinea, García Castellón, Armengol, Gallo, de la Peña, del Castillo, Coronel, Hornedo, Brillantes, etc.). Después de cuarenta años, se sigue refugiando en las limitaciones que señalaba Mariñas para el estudio de la literatura hispanofilipina, como si desde entonces no se hubiera hecho nada (“Son escasísimos los trabajos panorámicos, posteriores al de Mariñas Otero, sobre la historia de la literatura hispanofilipina, realizados por autores españoles”). No cita nada del «Premio Zóbel» (que va con acento, pues el editor habla de la familia Zobel, pero sin acento. Hay que irse a la estación del Ave en Cuenca para ver lo que pone allí). Y no cita la primera edición crítica que se realiza de la novela fundacional de la nación filipina, *Noli me tangere*, aparecida en Filipinas en 2011 con motivo del sesquicentenario del nacimiento de su autor, que mucho podría haber ayudado al editor a ubicar la obra de José Rizal en el contexto filipino, y no en la visión peninsular.

Al margen de carencias bibliográficas y análisis inadecuado, la edición presenta una deficiencia insalvable: copiar refundiciones textuales, en lugar de acudir a

manuscritos originales. Así, para discernir si “Pensamientos de un filipino” es obra de Rizal, se abunda de nuevo en elucubraciones: “Albergo muchas dudas sobre la autenticidad de este último texto, a pesar de haber sido incluido en las obras completas de Rizal, pues a unos rasgos de estilo y argumentativos poco propios de Rizal en esos años (y, en general, en su prosa ensayística), se suma el hecho que, de ser él su autor, se nos plantearía la incógnita acerca de cuáles fueron las razones vitales e intelectuales por las que, tan sólo unos meses después, Rizal comenzó la escritura de *Noli me tangere*”. La duda se le hubiese resuelto rápidamente si el editor hubiera trabajado las fuentes documentales, y no refundiciones de la «Comisión Nacional del Centenario de José Rizal / José Rizal National Centennial Commission», realizadas por el año 1961 anónimamente sin criterio filológico explícito. Las dudas sobre los “rasgos de estilo y argumentativos” también se le podrían haber resuelto rápidamente si el editor hubiera tenido acceso al trabajo “La lengua de José Rizal”, capítulo del volumen *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy* (2012). Pero sin necesidad de elucubraciones, y sin necesidad de acudir a la Biblioteca Nacional de Filipinas en Manila, las dudas se hubiesen resuelto rápidamente a través de Internet, ya que desde hace años los manuscritos rizalianos se encuentran disponibles en red.

Y una vez comprobado se demuestra que en efecto, “Pensamientos de un filipino” es el título de un texto escrito del puño y letra de Rizal. Si se hubieran trabajado las fuentes manuscritas, se hubieran evitado prolijas conjeturas enfadosas para el lector. Y eso es lo que debería de haber hecho el editor en este volumen: localizar los textos manuscritos y editarlos anotando las variantes introducidas por Rizal, con el fin de fijar un texto final y su historia textual, en lugar de copiar las ediciones realizadas hace cuarenta años por la CNCJR sin ningún criterio. La Filología no improvisa ni refunde, la Filología recupera fuentes textuales. Si el cometido de «Letras Hispánicas» de Cátedra no es recuperar fuentes textuales sino hacer otra cosa, sería mejor que se explicasen en portadilla los fines de la colección.

Y tras la prolijidad, nos encontramos de nuevo con la modestia: “Me disculpo aquí ante los lectores por la longitud de esta nota, y la justifico al haber tomado la decisión de no incluir este texto en la selección de ensayos de Rizal que edito para este volumen”. La disculpa sin duda es necesaria, pero por el conjunto del volumen, pues ¿es una nota a pie de página el lugar para indicar los criterios de selección de los trabajos antologados?, ¿tanto dramatismo posee la “decisión” de no incluir este texto en particular en el volumen, cuando nada se dice sobre varias decenas de textos rizalianos? De forma más grave, se falta a la veracidad de la bibliografía existente: “La razón no es otra que ser ésta la primera edición anotada y panorámica de la obra poética y ensayística de Rizal que se realiza modernamente en España”. Junto a la modestia, la presunción, cualidades incompatibles si se quiere ser coherente.

No emplea la obra mayor de Rizal, pero demuestra carencias en su conocimiento. Copia mal la cita de la dedicatoria del *Noli me tangere*: “levantaré parte del velo que cubre tus llagas”, siguiendo a Ordaz. Mientras que Russotto, Armengol y Leguineche dicen: “levantaré parte del velo que encubre el mal”, que es lo que dice la edición príncipe de Berlín, y lo que se reproduce en la edición crítica de la novela, señalando sin embargo que Rizal modifica lo que dice el manuscrito: “levantaré el velo que cubre a tus llagas”. Ordaz parece hacer un pastiche mezclando cosas del manuscrito y cosas de la edición príncipe, y el editor copia la invención, es de entender, porque ese criterio filológico es apto a sus exigencias. *Noli me tangere* no sólo ataca a los dominicos como dice el editor (“congregación contra la que dirigió su novela”), sino sobre todo a los franciscanos (recuérdese al Padre Dámaso y al Padre Salví, los dos personajes

antagónicos fundamentales). A veces emplea *El filibusterismo* y a veces *El Filibusterismo* (cuando debe de ir con mayúscula). Para el editor, *Noli me tangere* y *El Filibusterismo* mantienen una misma estética y no difieren en su propósito (“y firma, como tal, dos *novelas de tesis* que cabe contemplar como hijas de la más ortodoxa escuela narrativa que va del costumbrismo al naturalismo secular”). Otra cosa diría si hubiera leído a Ino Manalo y Floro Quibuyen, amén de posturas más discutibles, pero de cita obligada como Ambeth Ocampo o Benedict Anderson. Pero el editor se contenta con alguna referencia sacada de Internet. Nada dice de sus novelas inconclusas, a día de hoy el principal campo de investigación rizaliano.

Para la biografía de Rizal, sólo emplea los diarios de juventud y la biografía de W. E. Retana, sin explicar para nada el siglo de controversias y polémicas que la biografía de Retana ha causado en Filipinas. Lagunas bibliográficas son Floro Quibuyen (el autor que más ha revolucionado el pensamiento sobre Rizal en los últimos años), Renato Constantino, Epifanio San Juan, Virgilio Almario, etc. Para evitar fantasear en torno a la cultura filipina, como si estuviésemos anclados en el siglo XIX hablando de la Perla del Oriente, sería aconsejable y exigible en nuestros días manejar bibliografía en filipino e inglés. Consecuentemente, no nos presenta el Rizal de Constantino, ni el Rizal de Ocampo, ni el Rizal de Anderson, ni el Rizal de Quibuyen, sino el Rizal de Retana, el Rizal de hace un siglo, el reformista, el que abominaba de la revolución, el Rizal cándido a la voluntad del colonizador.

Señala que la poesía de Rizal es una poesía de circunstancias, del *locus amoenus*, prerromántica, didáctica... Para el editor, Rizal es un poeta que en España no sería nadie: “Probablemente Rizal no hubiera sido reconocido como el poeta que es para la cultura filipina de haber escrito tales composiciones en España [...] Estéticamente el resultado quedaba lejos en el tiempo de su propio presente literario”. Es decir, que Rizal es arcaizante, anacrónico, y un poeta de circunstancias (“La poesía de Rizal es, pues, una poesía *de circunstancias*”). Si el editor conociera la enorme bibliografía existente sobre la principal obra tagala, *Florante y Laura*, y las herramientas literarias con las que tenían que trabajar los filipinos, otro discurso hubiera realizado. Se componían romances y panegíricos, pero no por circunstancia y entretenimiento, sino con mensajes sociopolíticos fácilmente discernibles para un filipino (véase nuestro trabajo “El Islam en las Letras Filipinas” sobre la presencia de al-Andalus en la poesía de Rizal). De forma similar, no se dice nada del carácter subliminar de *Junto al Pásig*, señalando la cándida impresión de Retana como obra con cierto “*infantilismo*”. Se hubieran evitado elucubraciones sobre ‘aura’ o ‘alba’ en “Flores de Heidelberg” trabajando desde los manuscritos originales (que en este caso refleja ‘alba’). De nuevo entra en disquisiciones sobre la autoría o no de textos al hablar de “Sa aking mga kabata”. Virgilio Almario, Artista Nacional de Filipinas y Director de la *Komisyon sa Wikang Filipino*, lo dejó claro en su libro *Rizal: Makata*, “Rizal: Poeta” (2011): *hindi si Rizal ang sumulat ng “Sa Aking mga Kabatà”*, “Rizal no escribió “Sa Aking mga Kabatà”.

Y en cuanto a los ensayos, habla de los anecdóticos, de los viajes y memorias, y no de los que forjan el pensamiento rizaliano. Así que en cuanto a su poesía, Rizal es un poeta anacrónico y de circunstancias, y en cuanto a su prosa, narra anécdotas y curiosidades de un asiático aventurero. Nada hay del pensador, del estadista, del revolucionario, incluso del imitador de Cristo. Así visto, Rizal es una curiosidad, un personajillo que hace versos becquerianos y libros de memorias, y no el principal líder intelectual asiático al lado de Mahatma Gandhi y Mao Zedong, como se le reconoce actualmente en Asia. La consigna es pues recupera a Rizal, pero recuperarlo en nuestra justa medida (“En ningún momento, ni en ningún texto, Rizal aboga por la

independencia [...] Rizal sólo demanda afrontar unas reformas que hagan del Archipiélago una provincia española más”), apropiándonoslo, como dos veces se dice en el corto texto de contraportada (“Rizal forma parte de la historia de la literatura escrita en español”).

En resumen, considera estudiar la figura de José Rizal independientemente de su obra novelística y narrativa, lo cual es una opción posible dada la enorme preeminencia de sus novelas sobre el conjunto de su obra. Pero no se resuelve bien, presentándonos a un poeta anacrónico y un prosista de viajes, memorias y anécdotas. En cuanto a la poesía, no se saben analizar los mensajes de sus poemas de la serie andalusí, que se califican de ejercicios escolares, sin estar al tanto de los debates en torno a la poesía en lenguas vernáculas de la época y en especial el *Florante y Laura*. Se ignora que la poesía de Rizal supone una verdadera revolución realista en el contexto de las Letras Filipinas. Se señala que se incluye la poesía completa, pero una de sus obras capitales no sólo no se incluye, sino que ni siquiera se menciona, *San Eustaquio, mártir*. A estas alturas, ya debería de quedar absolutamente claro que “Sa aking mga kabata” no lo escribió Rizal, y de citarlo, se debería abundar en la controversia histórica que ha causado su adscripción para el desprestigio en Filipinas de la lengua española y la reivindicación del tagalo como lengua nacional. Y ésta era la ocasión perfecta para haber editado desde los manuscritos originales los textos, después de muchas décadas copiando las ediciones oficiales. En cuanto a la prosa, se pierde la ocasión de poder haber editado los textos más relevantes que excedían al volumen *Prosa selecta. Narraciones y ensayos*, Verbum (2012). Se hace una selección adecuada de los materiales que podían tratarse, pero descontextualizados, como sucesión, sin explicar la transición intelectual que Rizal sufre y cómo se refleja en su prosa. La imagen es así la de un Rizal reformista, entusiasta educador e ingenuo en un mundo que se desmorona, cuando es él el principal actor del desmoronamiento.

Frente a un José Martí beligerante, la visión de Retana y Blumentritt ha perpetuado un José Rizal asimilacionista (“No ha sido nunca un enemigo de España”). Esa imagen fue manipulada por los Estados Unidos hasta grados de adoración inconsciente por parte de las masas. Aquí se sitúa una de las críticas más incisivas realizadas a la obra de Rizal, la de Renato Constantino (“In his time, the reformist Rizal was undoubtedly a progressive force. In many areas of our life, his ideas could still be a force for salutary change. Yet the nature of the Rizal cult is such that he is being transformed into an authority to sanction the *status quo* by a confluent of blind adoration and widespread ignorance of his most telling ideas”, en “Veneration without Understanding”, *Dissent and Counter-Consciousness*, Quezon City, [s.n.], 1970, pp. 125-145).

A partir de la obra de Constantino, se produjo una enorme febrilidad bibliográfica que se puede resumir en cuatro tendencias: 1) estudio de la figura de Andrés Bonifacio y su dimensión histórico-política: Glenn Anthony May, *Inventing a Hero: The Posthumous Re-Creation of Andrés Bonifacio*, University of Wisconsin, Center for Southeast Asian Studies, 1996; 2) radicalización historiográfica hacia una “nueva historia (*bagong kasaysayan*)” de base marxista-indigenista que convierte a Rizal en un elitista extranjerizante alejado de la masa: Zeus A. Salazar, “Ang Pantayong Pananaw Bilang Diskursong Pangkabihasnan”, en Atoy Navarro, Mary Jane Rodríguez y Vicente Villan (eds.), *Pantayong Pananaw: Ugat at Kabuluhan. Pambungad sa Pag-aaral ng Bagong Kasaysayan*, Quezon City, Palimbagan ng Lahi, 2000; 3) reivindicación y humanización de la figura de Rizal y reestudio de las fuentes primarias: Ambeth R. Ocampo, *Rizal without the overcoat*, Manila, Anvil, 2000; y 4) la perspectiva

fuertemente controvertida de Benedict Anderson sobre la nación imaginada. Nada del siglo de historiografía rizaliana se menciona en este volumen, más allá de noticias parciales españolas.

Al fin, el editor se pone voluntarioso en la conclusión invocando al saber: “La Historia, la Filología, la lectura deben acudir, en tales casos, para procurar la restauración que obra y hombre merecen”. Se invoca a la Historia, pero se narra desde el punto de vista del colonizador, se invoca a la Filología, haciendo refundiciones, y se procura dignificar a un hombre, menguando su obra. La voluntariedad del editor es apreciada, pero ni histórica, ni filológica, ni rizalianamente el volumen alcanza a día de hoy, 2014, los conocimientos que la Historia, la Filología y los Estudios Rizalianos demandaban. España debe de exigir liderar los Estudios Filipinos, no hacer un Filipinismo de ocasión.

No obstante, animamos tanto a editor como a editorial a seguir fomentando los esfuerzos en torno a la literatura filipina, a trabajar con vocación y honradez, y a procurar que las Letras Hispánicas honren en verdad el corpus literario de una de las pocas lenguas universales que ha habido en la historia, no “nuestra lengua”, sino la lengua de cientos de millones de hablantes.

ISAAC DONOSO

José Rizal



Poesía completa
—
Ensayos escogidos

Edición de
José Francisco Ruiz Casanova

CATEDRA
Letras Hispánicas